Casi siempre en un encuentro fortuito.
Este amigo solia ser, ordinariamente, un empleado...
Un pasante de notario...
Un tenedor de libros...
Un hortera...
O un estudiante.
Por más que se haya dicho, pocas veces un artista.
En su compañia, «amaba» y «gozaba»
Gozaba el amor, libre de trabas...
Y lo que era raro:
Decente, aunque ilegítimo.
Era fiel al objeto de su afeccion.
Afeccion que duraba, por lo general, algunas semanas...
A veces un año.
Mientras duraba, solia haber «pequeñas tempestades»...
Pero la calma y las paces no tardaban en llegar.
Y eran un renovamiento de alegría.
Se abandonaban mútuamente por la noche...
Se volvian á unir por la mañana...
Para volver á dejarse por la noche.
Y así sucesivamente...
Y todo esto, sin ruido...
Por fantasía...
Por capricho...
Por afan de novedades.

Este género de prostitucion desinteresada, efecto de un sentimiento súbito;
De un gusto pasagero;
De una convencion amistosa;
Este género decimos, producia raramente una catástrofe;
Y ni aun una ruptura ágria y ofensiva.
Pero enervaba el alma;
Relajaba los lazos sociales;
Gastaba, desprestigiaba, marchitaba la flor del himeneo;
Debilitaba la inclinacion á las uniones castas y reales;

Creaba una clase de individuos, gastados en los goces depurados...
Y falseaba la pureza de las costumbres.
Y se burlaba del ejercicio de la virtud.
Sea lo que fuere;
La «griseta» tenia el carácter fácil como su corazon.
No era obstinada...
Ni imprudente al mismo tiempo.
Ni exigente;
Ni ambiciosa.
Vivia dichosa en su bohardilla.
Cuarto amueblado con estrema sencillez.
Y que consistia:
En un lecho de nogal;
Una cómoda;
Dos sillas;
Un espejo;
Una lámina litográfica pegada con pan á la pared.
Y un cofrecito;
Mueble que encerraba el recibo del casero y tres cartas de amor.

El sábado por la noche, apresurábase á subir á su habitacion.
Allí esperaba á su amante...
Y á su llegada, le cedia la mitad de su estrecha cama, despues de haber colgado, como dice Beranger, en la ventana, su chal á guisa de cortina.

Algunas veces ella misma se dirigia á casa de su querido.
Allí, convertíase en su momentánea compañera.
Y esploraba, con él, las dulces orillas del rio de la Ternura.

En todos los casos, esta union se prolongaba hasta el lúnes por la mañana, en que cada uno de los «cónyuges» volvia á su trabajo.

En invierno, iban en compañia á los bailes ó á los teatros.
En verano, al campo.
A Passy ó á Saint-Maur.

A Belleville.

A los bosquecillos de Romainville.

Algunas veces llegaba el paseo hasta Montmorency...

Cuyos parages eran las columnas de Hércules de la griseta.

Allí se abandonaba á los mas tiernos desahogos.

Se almorzaba en el Hotel del Caballo-blanco.

Se iba en burro hasta el primer bosque.

Allí se comia...

Y se jugaba...

Y luego llegaba la hora de volver á París...

Donde por la noche, solos, y bajo las blancas sábanas del lecho de la bohardilla, se recordaban las aventuras del paseo del dia.

Raro era que una griseta renunciase á su bohardilla y sus muebles para ir á ocupar momentáneamente el lecho suntuoso de un gran señor.

La griseta no era la misma en todos los barrios de París.

La del Barrio Latino no se parecia á la del centro.

Ni la del centro á la del Marais.

Ni la del Marais á la de la Chaussée d' Antin.

Era siempre la obrera, si se quiere.

Pero la obrera de costumbres más ó menos relajadas;

De maneras más ó menos libres.

De presencia más ó menos agradable.

De aspecto más ó menos simpático.

Recorramos rápidamente estos diversos matices ó variedades de la griseta parisiense.

La del Barrio Latino:

Esta no mantenia relaciones íntimas mas que con los estudiantes de las escuelas de derecho y de medicina.

Obraba con ellos como con personas con quienes hubiera celebrado un contrato.

Al abandonar el trabajo, acudia á alegrar el «cuartito» de su amado.

HISTORIA DE LA PROSTITUCION.

La Chaumière.

Y casi siempre no salia de él hasta la mañana siguiente para volver á su taller.

Desde el sábado hasta el lúnes ella era quien hacia el gasto de su pasagera asociacion.

Porque el estudiante nunca tenia dinero.

En verano, acudian al Baile de la Chaumiere.

Comian.

Bailaban;

Bebian;

Y reian grandemente.

Para lo cual, acostumbraban á tomar un gabinete particular.

En invierno, iban al baile del Prado;

O al teatro del Pantheon.

O al de Bobino, cerca del Luxemburgo.

En todos estos sitios solian ser frecuentes las riñas.

Una mirada insultante;

Una negativa á bailar con otro que con su amante de aquel dia...

El encuentro de un amante destronado...

O de un ingrato que hubiera hecho de la jóven una nueva Ariadna...

La cosa más insignificante...

Producia amenudo episodios altamente dramáticos.

Y la guardia municipal se veia obligada á intervenir, cuando sonaba un bofeton.

Lo cual sucedia con mucha frecuencia.

Tales eran aquellos sitios.

Sitios donde todos acudian:

A vaciar su bolsillo;

A desvanecer el mal humor;

A cargar su cabeza de vapores alcohólicos...

Circunstancias todas que los agentes de la autoridad habian de tener muy en cuenta, para mantener el órden.

No era raro ver alli á la policia correccional ocuparse en cal-

mar los debates producidos con ocasion de aquellas danzas lúbricas...

De aquellas riñas de enamorados, con sus rivales ó con sus bellas desdeñosas, ó con los agentes de órden público.

«La Gaceta de los Tribunales», ocupaba sus columnas con estos detalles.

Y de ellos podian sacarse provechosas lecciones para la juventud.

Tan pronto era un novicio que se habia arruinado en voluptuosas orgías donde habia sido «desbalijado» por unos cuantos bribones;

Tan pronto, una jóven obrera á quien un tunante habia engañado y maltratado...

O bien, abandonado despues de hacerla madre.

O bien; y esto era mas raro:

Una obrera avanzada en el libertinage, y que no contenta de verse perdida, complacíase en perder á alguna jóven amiga suya;

¡Una prima!

¡Una «hermana» (!!) apenas núbil, ó sin ser núbil aún!

Hecho que parecia la fuerza de aquella verdad tan triste y tan cruel, encerrada en estos versos:

Dans le crime il suffit qu' une fois on debute;
Une chute entraime toujours une autre chute;
L' honneur est comme une ile escarpée et sans bords.
On n' y peut plus rentrer des qu' on en est dehors.

(Basta un debut del crimen en la senda:—una caida es prólogo de ciento!—Es el honor una isla sin orillas—de donde, quien huyó, no halla el acceso.)

Un solo ejemplo probará hasta que grado de inmoralidad puede descender la mala conducta.

Una jóven obrera, de 22 años de edad, despues de haber mantenido relaciones, casi secretas, con un jóven estudiante, vecino suyo, habia sido abandonada por él.

Desde aquel dia, se entregó á todos los desórdenes que conducen á la prostitucion y sus horribles consecuencias.

Esta jóven, antes llena de gracia, de frescura y de belleza, quedó mancillada, perdida...

Sin vergüenza...

¡Tal vez sin remordimientos!

Pero, no contenta de haberse envilecido y deshonrado;

No satisfecha de haberse separado de la clase honrada, quiso que su hermana, de edad de 13 años, no pudiese un dia echarle en cara sus desórdenes, y para conseguirlo, resolvió hacer que la imitase.

Se puso, pues, en relacion con un libertino, con un hombre vil é infame, con el cual regateó la virginidad de la víctima.

Dispónese una orgía.

Asisten las dos hermanas.

Hacen tomar á la niña brevages escitantes.

Llega á perder la razon...

La hermana mayor se eclipsa durante algunos momentos.

Y queda consumado el estupro.

Al dia siguiente, la hermanita pequeña quedó colocada en casa de unos artesanos.

La mayor fué á ocultar en otra parte el ejercicio de su depravacion.

Sin embargo, la pobre é inocente criatura habíase puesto enferma á consecuencia de la orgía y del crímen.

Las buenas gentes que la habian recogido la molieron á preguntas.

Ella acabó por contarlo todo.

Y su culpable hermana fué detenida, en virtud de una órden de prision.

En la de San Lázaro, espió sus muchos delitos.

Terminemos esta digresion por un cuadro en el cual M. de la Bedollierre pinta en pocos, pero acertadísimos rasgos, las relaciones de la griseta con el estudiante.

Dice así:

Los amores del estudiante y de la griseta no son de esas pasiones descabelladas que se lloran en los dramas románticos.

El la trata como á una criada.

La envia á buscar tabaco.

Así como aguardiente.

Y jamon, etc.

Cuando él convida á sus amigos, ella es la que, antes de sentarse á presidir el festin, asa las chuletas, y pone la mesa.

La griseta se presta maravillosamente á todos los quehaceres domésticos;

Estos la hacen ser indispensable.

Y le dan cierto aspecto de muger casada.

¡Cuán venturosa es, si únicamente las vacaciones son las que interrumpen el curso de sus relaciones!

¡Si puede decir ¡adios!, llorando, al esposo «temporero» que le promete «siempre» que la escribirá!

¡Ay!

Amenudo el ingrato, cansado de aquella «sujecion» corre á reconquistar su libertad.

Busca ocasiones de disputa á «su mujer.»

La acusa de infiel...

Y á fuerza de querellas preparatorias, consigue, al fin, una ruptura definitiva.

Sucédele uno de sus amigos.

Y la desgraciada va pasando de mano en mano, como un pagaré endosado...

Como una papeleta de empeño...

Hasta que ya pasada, vieja, cae insensiblemente en el último grado de la depravacion.»

. . . . . .

En el centro de París...

Es decir;

En los alrededores del Palais-Royal y de la Bolsa, la obrera griseta tenia un género de vida mas especial.

Su amante era un hortera...

Un pasante de notario...

O un oficial de sastre.

La pareja amorosa no acostumbraba á verse durante toda la semana.

Y sí, tan solo, desde el sábado por la noche hasta el lúnes por la mañana.

Y á veces el lúnes por la noche.

En verano, frecuentaba el bosque de Bolonia ó el de Vincennes.

En invierno, el baile Montesquieu ó el Tívoli de la calle Grenelle-Saint-Honoré.

O el Teatro del Palais-Royal.

Esta pareja era tambien alegre;

Sin cuidados.

Y asimismo, daba bastante quehacer á los agentes de órden público...

Sobre todo, si el amante pertenecia á la clase de los oficiales de sastre.

Trasportándonos ahora del centro de París al Marais, encontraremos otro tipo de la griseta.

Es menos desvergonzada.

Mas sencilla.

Mas sumisa.

Mas afectuosa.

Mas á la buena de Dios.

Sus galerias eran los pequeños teatros de los «bulevares» del Temple,

Desde la puerta de San Martin, hasta la de San Antonio.

Adoraba el Ambigu.

Se perdia por ir á Franconi.

A la Gaité.

A los Funámbulos.

Y á la Courtille.

Dirigia igualmente sus paseos hasta el bosque de Romainville.

Adonde iban dos, como dice el proverbio, y solian volver tres.

Pero la griseta por escelencia;

La griseta del buen tono;

La que, aunque obrera, imitaba admirablemente á la gran señora, era la que habitaba en la Chaussée d' Autin.

Pertenecia, es verdad, á una clase superior á la de las demás.

Gozaba de mas comodidades.

Iba mejor vestida.

Se hallaba mejor aposentada.

Tenia siempre un protector.

Pero de mas elevada categoria, proporcionalmente tambien á las demás.

Por las noches, despues de su trabajo, paseábase por el Bulevar de los Italianos.

En la estacion cruda, sus pasages mas frecuentados eran las galerias de la Opera, de Choiseul ó de los Panoramas.

En verano, frecuentaba el jardin del Tivoli,

El de las Tullerias,

O el de los Campos Eliseos.

No desdeñaba aparecer algunas veces en el pequeño baile del Caveau d' Ydalie.

En el Teatro infantil.

Y en el Comte.

Pero el «nec plus ultra» de sus distracciones, era el concierto Musard ó el de Valentino.

En el Carnaval no dejaba nunca de asistir á los bailes de máscaras.

Y dos ó tres veces al menos iba al de la Opera.

Por lo demás;

Si trabajaba en un almacen de modas, ya encontraba allí la ocasion para variar sus relaciones, sus gustos y sus caprichos.

Ciertas dueñas de estos establecimientos consentian abonos

de ciertos «habituados» que adquirian el derecho de acudir á hablar libremente con el objeto de sus preferencias.

Prueba el descubrimiento que se hizo de este nuevo género de prostitucion un hecho bastante original para ser contado:

Un caballero habia comido en un pequeño restaurant del Barrio Latino y se hallaba pagando su cuenta á la señora del mostrador, cuando en el mismo instante, dos parroquianos de dicho establecimiento, jóvenes estudiantes, se levantaron de la mesa y acudieron á pagar á su vez.

Uno de ellos notó el nombre de «Julia» sobre la targeta de su camarada.

—¡Como! le dijo: ¿acaso serias tambien un abonado de Julia?

—Si por cierto.

—¡Vaya una cosa singular!

—¿Qué?

—¡Que somos «cási parientes»!

—¡Cómo!

Y el otro sacó del bolsillo de su chaleco, cuatro ó cinco targetas que le quedaban todavia de «su Julia».

Los de éste eran para los mártes y los juéves.

En tanto que los de su amigo designaban los lúnes y los sábados.

No llevaremos más adelante la esplicacion.

Temeríamos decir demasiado.

O tal vez no decir bastante.

Caminamos sobre carbones encendidos, y nos apresuramos á deducir;

Que los peligros que habia para la juventud en la frecuentacion de esas virtudes vacilantes, eran mucho mayores que los que la amenazaban cuando se dirigia á francas prostitutas inscritas.

Sin ninguna traba ni sujeccion;

Sin encontrarse sujetas á la vigilancia de la autoridad, las grisetas se hallaban en el caso de adquirir y comunicar una de esas enfermedades secretas de que tanto hemos hablado.

Y tanto mas obstinadas y perjudiciales, cuanto mas descuidadas son.

Preciso es conocerlas y combatirlas en su origen.

Es un vírus que pasa á la sangre y emponzoña las fuentes de la vida.

Por otra parte:

Algunos de los jóvenes que frecuentaban el trato de las grisetas, se prendaban de sus encantos...

Sufrian su yugo...

Y se veian desviados por ellas de sus deberes y de sus trabajos.

Otros se arruinaban, á la vez, en dinero y en salud.

Leccion terrible.

Y de que desgraciadamente la generacion que siguió á aquella sacó muy poco provecho.

CAPÍTULO VI.

Transformacion de la griseta en loreta.—Fisiologia de ésta.—Clasificacion de especialidades.—Un faro en mitad de los escollos.—Tener ó no una sala amueblada.—Los Arturos.—La correspondencia.—La mesa redonda.—Las loretas en Carnaval.—Escentricidades.—Presupuesto de la loreta.—Los médicos de las loretas.—Las loretas rancias.—Un poema.—Paris en el dia.—Causas del progreso de la prostitucion, hoy.—Su aumento estraordinario.—Entremetidas.—*Placeuses.*—*Courtieres.*—Proxenetas.—Dueñas de casa.—*Sostenedores.*—Prostitucion clandestina en el dia.—Prostitutas incritas.—Costumbres.—Manera de vivir de las prostitutas, hoy, en Paris.—La actual sociedad parisiense.—Desenfreno del placer.—Facilidad.—Influjo de la literatura y del teatro.—Disolucion de la familia.—La *Cascade.*—Mas datos sobre la actual prostitucion clandestina de Paris.—Los cafés.—La hora de la absenta.—Maniobras.—*L' allumage.*—Procedimientos.—El regateo.—Las *Rouleuse* del boulevard.—*Racrocheuses* en coche y á pié.—Las sillas de los paseos.—Los bailes.—Los gabinetes particulares.—Las cenas.—Revelaciones.—Espectáculo de libertinage en algunas casas.—Detalles.—Las mugeres de las cervecerias.—Las cantantes de los cafés.—Teatros.—Romanzas *ad hoc.*—Gestos.—Movimientos obscenos.—Las mugeres de *chic.*—La *Concubina* y la *Buena para todo.*—Las *cocottes.*—Su fin ordinario.—Su supersticion.—Su tenacidad.—Su avaricia.—La falsa virtud.—La prostitucion moral.—Cuestiones generales de higiene.

Hay que preguntar:

¿Que és una loreta?

¿Y cual es la contestacion?

No muy difícil.

La loreta no se esplica; se escapa á la definicion.

Pero se puede analizarla, clasificarla.

La loreta es, digámoslo así, la continuacion de la griseta.

La griseta ha desaparecido para siempre.